

## RESEÑA DE LIBROS

FRED I. GREENSTEIN y NELSON POLSBY (eds.) *Handbook of Political Science*, Vol. 1. *Political Science: Scope and Theory*. Reading, Mass., Addison-Wesley Publishing Company, 1975.

En 1965 los editores de esta serie de ocho volúmenes empezaron a planear su publicación. El trabajo se inició dos años más tarde y sólo en 1975 apareció impreso. El mayor problema a que se enfrentaron —y al que debe hacer frente cualquiera que pretenda dar una visión general de los estudios en el área de la política y que no esté identificado plenamente con uno de los varios enfoques, en particular si no se es marxista— fue la enorme ambigüedad teórica de la disciplina. Thomas Kuhn ha señalado que un “libro de texto” como éste surge cuando la rama científica que se intenta presentar al estudiante cuenta ya con un “paradigma”, es decir, con “el cuerpo teórico aceptado [por la mayoría de los practicantes]”.<sup>1</sup> Lo difícil en la empresa de Greenstein y Polsby, y lo que explica en parte los diez años de gestación de este “manual de ciencia política”, es que, fuera del marxismo, no existe ningún cuerpo teórico aceptado por la mayoría de los científicos políticos. Prueba de ello, y los editores lo admiten, es que, fuera de la estadística, el estudiante de la política no necesita dominar ninguna técnica o materia particular como requisito indispensable para seguir adentrándose en los más profundos misterios de la disciplina.

Por todo lo anterior, y pese a lo amplio de la obra,<sup>2</sup> es seguro que un buen número de quienes recurran a este manual encontrarán que algunos de los aspectos que les interesan, o no están, o han sido tratados de manera “poco interesante”; es decir, por un exponente de una escuela de pensamiento ajena. De todas maneras, el esfuerzo no ha sido inútil. En estos ocho volúmenes el lector encontrará comentado un cuerpo bibliográfico

<sup>1</sup> Kuhn, Thomas S. *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a. Ed. aumentada (Chicago: University of Chicago Press, 1970) p. 10.

<sup>2</sup> Los otros siete volúmenes se agrupan bajo los siguientes títulos: a) teoría micropolítica, b) teoría macropolítica, c) política no gubernamental, d) instituciones y procesos gubernamentales, e) la política y su formulación, f) estrategias de investigación, g) política internacional.

nada despreciable y al día. Sin duda, la utilidad de la obra será mucho mayor para aquellos científicos políticos formados dentro de la escuela norteamericana, en particular dentro de la amorfa corriente del "behavioralism" o conductualismo. Por su parte, algunos de los críticos de tales posiciones encontrarán, por lo menos en este primer volumen, referencias a esta corriente revisionista. En última instancia, los críticos de la escuela norteamericana tienen aquí un *corpus* teórico del que pueden echar mano cuando requieran de una exposición sucinta de las "debilidades" de tal enfoque.

En el primer capítulo, Dwight Waldo trata ampliamente a la ciencia política como tradición, disciplina, profesión, ciencia y una empresa a seguir desarrollando. Se trata de una presentación tanto histórica como de la situación actual. El autor sostiene que, a diferencia de otras ciencias más acabadas, la de la política no se puede entender sin referencia a la historia, sobre todo occidental. Es sólo a través de la historia del pensamiento político que se puede entender bien el propósito, la metodología y las técnicas de la ciencia política actual. "La ciencia política puede muy bien ser considerada, en cierto sentido, como una ciencia natural. Pero también es cierto que en otro sentido se trata claramente de una ciencia cultural". El tratamiento del desarrollo del pensamiento político de Grecia a nuestros días es adecuado aunque no novedoso, en cambio el examen de la evolución de la enseñanza de la política como una disciplina académica en los Estados Unidos sí contiene elementos nuevos, tanto por la reconstrucción histórica del desarrollo de una disciplina que en la actualidad cuenta con alrededor de 16 mil profesores repartidos en más de 1 300 departamentos de ciencia política, como por la discusión del estado en que se encuentra hoy día esa disciplina y el movimiento conductualista y postconductualista.

En el capítulo 2, J. Donald Moon trata de llegar a una síntesis de las escuelas en lucha por lo que se refiere a la lógica de la investigación política. En casi un centenar de páginas discute las posibilidades de enfocar el fenómeno político desde la perspectiva de los "naturalistas", es decir, quienes desean moldear el estudio de la política siguiendo de cerca los cánones metodológicos de las ciencias naturales, y los "humanistas", o sea quienes sostienen que el objeto de estudio en este caso, es tan diferente del de las ciencias naturales, que el método debe ser uno *ad hoc*, ya que en las ciencias sociales, el "objeto de estudio" es consciente de sus acciones, cosa que no ocurre en las otras disciplinas. Es por ello que la percepción que el individuo tiene de sus acciones y el significado que les atribuye a las mismas tiene que ser una parte sustancial de cualquier explicación. De ahí que el científico político deba echar mano de la explicación hermenéutica, es decir, de la interpretación de las acciones del actor en función del significado que éste da a su propia conducta.

Moon hace una presentación adecuada de ambas escuelas para demostrar que no es posible aceptar a ninguna de las dos posiciones como la idónea. Los argumentos de ambas tienen parte de razón, pero no toda la razón. En estricto sentido, la política no puede ser tratada como una ciencia na-

tural porque los conceptos mismos no han sido definidos de manera tal que tengan una contrapartida empírica directa e incontestable, y por lo tanto las "leyes" y "teorías" de que forman parte no pueden ser comprobadas de esa manera. Pero esto no significa que el "ideal científico" deba ser hecho a un lado, sino combinarlo con una explicación que también tome en cuenta la interpretación de la acción política en función de las percepciones del (los) actor(es) que participa(n) en ella. La acción política no puede explicarse independientemente de las intenciones. Ahora bien, para que una combinación de enfoques pueda ser útil es necesario que parta de un "modelo del hombre", es decir, una idea del hombre que dé coherencia a las explicaciones cuasi-causales de que tiene que echar mano la ciencia política. Si ésta hubiera llegado a moldearse de acuerdo a los cánones del enfoque científico tal "idea del hombre" saldría sobrando, pero por el momento es elemento necesario para llenar las lagunas que por fuerza tiene la explicación política. La teoría política sigue necesitando de la filosofía política, la fuente fundamental de "modelos del hombre".

En el capítulo tres Dante Germino insiste en algo que ya había señalado Waldo: la importancia actual de la filosofía política clásica. Para empezar, todos los conceptos de uso corriente en la teoría tienen sus raíces en los clásicos; cualquier definición de tales conceptos no puede ignorar su origen. Pero además, sólo tomando en cuenta a la filosofía política se puede intentar dar una respuesta a las preguntas fundamentales, o sea, ¿quién es el hombre?, ¿qué es la sociedad?, ¿qué es la historia? La filosofía puede distinguirse de la teoría, pero no debe separarse de ella. Sin el contenido filosófico el discurso político se convierte en algo muy local e innecesariamente pobre.

En el cuarto capítulo, Felix Oppenheim se dedica a tratar el lenguaje de la investigación política, e inevitablemente se enfrenta a los problemas de la clarificación. Desde luego una de las debilidades de la política como ciencia es la ausencia de teorías más o menos precisas y la razón fundamental es la falta de claridad en sus conceptos. Oppenheim propone aquí varias formas de usar las proposiciones de la filosofía analítica para ayudar a clarificar conceptos y definirlos en términos adecuados a las necesidades de una ciencia política, pero sin llegar a un "purismo" absurdo que dé por resultado conceptos perfectos en términos explicativos pero inútiles en términos sustantivos.

Finalmente, en el quinto capítulo Brian Barry y Douglas W. Rae intentan la casi imposible tarea de dar una serie de reglas para evaluar de manera racional y lo más objetivamente posible cualquier proposición o programa político. Esta meta no es fácil, pues en la medida en que no se compartan los valores políticos y las mismas definiciones del "bienestar general", piedra central en toda evaluación, no hay forma de llegar a una solución que no se preste a controversia; los autores, al insistir en puntos tales como consistencia interna o grado de incertidumbre del programa, tratan de reducir el campo de la controversia, pero nada más.

En resumen, este manual es útil para quienes están introduciendo a sus alumnos al campo de la ciencia política, pero está aún lejos de llegar a ser el "libro de texto" en el sentido que le dan las ciencias naturales a los suyos o incluso en el más modesto de la economía o la psicología. La ciencia política aún está lejos de contar con un "paradigma", pues es una de las menos "científicas" entre las ciencias sociales.

LORENZO MEYER  
El Colegio de México

G. POPE ATKINS. *Latin America in the International Political System*. Nueva York, The Free Press, 1977, 448 pp.

En esta obra Atkins se propone estudiar a América Latina como un sistema regional y sus relaciones con el resto del mundo. Utiliza el enfoque de sistemas porque le permite una visión de la política más amplia y le facilita la estructuración y el análisis de una vasta gama de relaciones en el proceso político. En este sentido el autor define al subsistema latinoamericano como el grupo de estados geográficamente próximos, con interrelaciones regulares, que comparten cierto grado de identidad regional y que ésta también es percibida por actores externos. De esta suerte, a lo largo de toda la obra el autor tiene presentes cuestionamientos como la validez de América Latina como un subsistema regional, el impacto que han tenido las interacciones políticas sobre la sociedad latinoamericana y sobre actores externos, la forma como las instituciones políticas internacionales han podido estructurar y mantener el sistema latinoamericano.

Una primera parte del libro, que se refiere a los actores y a sus políticas, se concentra en los intereses más generales, en factores tales como el peso que otorgan a los medios y a los fines, incluyendo elementos ideológicos y a veces territoriales, para explicar el proceso de toma de decisiones en materia de política exterior. Esta toma de decisiones está generalmente determinada por la política interna de cada país latinoamericano, en gran medida por el papel primordial que juega el jefe del ejecutivo, así como por la debilidad del legislativo en la formulación de políticas. Una de las contradicciones que señala el autor es que mientras el deseo de los países latinoamericanos es el de adquirir una mayor independencia y autonomía en cuanto a sus políticas internacionales, este objetivo se ha visto limitado por las deficiencias en la capacidad de lograr tal autonomía, dada la necesidad de estos estados de desarrollarse con ayuda externa.

En esta primera parte toca temas relativamente poco estudiados como las relaciones entre América Latina y España durante el siglo xx, o aquellas con Holanda, Francia, Alemania e incluso la URSS y la RPCh. Con esto el autor intenta demostrar que Estados Unidos no es el único interesado y preocupado por la zona, sino que existen otros estados externos,